

# El Salvador proceso

informativo semanal

año 15  
número 642

diciembre 28  
1994

ISSN 0259-9864

centro universitario de documentación e información

- ¿Qué nos deja 1994?
- Balance político
- Balance económico
- Balance socio-laboral
- Balance regional
- Balance de la opinión pública salvadoreña durante 1994
- Los derechos humanos en 1994
- Cronología 1994

## Balance de la opinión pública salvadoreña durante 1994

En 1994, el nuevo sujeto del escenario socio-político salvadoreño se llamó opinión pública. Desde el desarrollo de las elecciones y a medida que progresaba el año que recién terminó, el pensamiento de los salvadoreños tomó y mantuvo una importancia de primer orden en los asuntos sociales y políticos del país. En general, este ha sido uno de los años en los que se ha estimulado con mayor vigor a la opinión pública salvadoreña. En primer lugar, porque las elecciones dispusieron de una breve pero intensa cruzada por conocer lo que estaban pensando los salvadoreños en términos de preferencias políticas y de intereses sociales que estaban estrechamente vinculados con aquéllas. En segundo lugar, porque, con todo y sus deficiencias, el proceso de pacificación trajo como efecto la apertura de espacios políticos que han permitido a los ciudadanos mayor libertad de expresión en los asuntos sociales que le competen directamente. Finalmente y relacionado con lo anterior, las nuevas corrientes en la economía mundial y nacional han hecho que los medios de comunicación descubran la importancia comercial de entrar en sintonía con la mayor cantidad de público, y ello implica mayor apertura y tolerancia con la información para ofrecer un producto que responde a las necesidades e inquietudes del consumidor. Todo lo anterior, sin embargo, no quiere decir que, correlativo al peso de la opinión pública, el año que recién termina haya experimentado un aumento significativo en la participación de la sociedad civil en el proceso sociopolítico. En el desarrollo de este balance anual se mostrará que la intervención ciudadana di-

recta en los asuntos políticos del país quedó muy atrás del avance logrado por lo que se conoce como opinión pública.

1994 fue un año lleno de sobresaltos y continuas crisis de orden institucional en muchos niveles de la vida política del país. Tales apuros institucionales, sin embargo, han tenido un efecto inmediato de orden negativo al cierre del año. Todo apunta a que los salvadoreños siguen desconfiando hoy más que nunca de las instituciones nacionales encargadas de conducir el país hacia el futuro; y, por otro lado, a pesar del aparente entusiasmo de algunos sectores por el crecimiento económico, la gran mayoría de los ciudadanos ve con preocupación su porvenir económico inmediato.

El primer semestre de 1994 estuvo indudablemente marcado por el primer proceso electoral después del fin de la guerra. Enero abre con incertidumbre entre la población por los recientes hechos de violencia en los que algunos antiguos excomandantes fueron asesinados bajo circunstancias que mostraban la participación de los escuadrones de la muerte. Por otro lado, a inicios del año era perceptible ya cómo la dinámica electoral estaba tensionando y polarizando no sólo el ambiente político, sino también el desarrollo de todas las actividades sociales y de repercusión nacional. El proceso electoral dividió a la población a distintos niveles. En primer lugar, y probablemente la división más significativa, la constituyó la existencia de dos bloques que separó a los salvadoreños casi por la mitad —pero no los enfrentó—: por un lado se encontraban los participantes políticos o electores potenciales; y

por otro lado, los que desdeñaron cualquier participación o alineamiento con las opciones políticas en contienda. En segundo lugar, el fenómeno más visible, la polarización entre los partidos enfrentó radicalmente a la población hacia sí misma; esta contienda fue en su mayor parte urbana y de sectores medios y ascendentes. El proceso electoral se convirtió en una especie de prolongación de la guerra, ahora llevada al plano eminentemente político que posibilitaban las urnas. La psicosis de guerra y la percepción maniqueísta de la realidad se convirtieron en las características más destacadas de los electores salvadoreños.

Sin embargo, frente a las elecciones, un poco menos de la mitad de la población mostró un significativo desinterés y una madura desconfianza. La serie de estudios pre-electorales revelaron que a la base de estas actitudes se encontraron varios factores. Desencanto por la falta de avance en el cumplimiento de los Acuerdos de paz, sobre todo en aquellos aspectos relacionados con la resolución del problema económico; temor y desconfianza, producto de los no esclarecidos e inciertos hechos de violencia; y sospecha por los interminables problemas en el proceso de empadronamiento y registro electoral. Estas actitudes quedaron demostradas en la baja participación ciudadana en las dos rondas electorales a pesar de la su puesta y publicitada importancia del proceso. Los sondeos pre y post-electorales revelaron que la mayor parte de la gente que asistió ejercer su voto tanto el 20 de marzo como el 24 de abril formaban parte de los electores más desfavorecidos de la población: obreros, marginales y campesinos de poca o ninguna formación constituyeron los grandes ausentes de las urnas en 1994, aquellos a quienes los repetidos eventos electorales y el proceso de pacificación no habían logrado sacar de la injusticia económica. Por el contrario, los que sí asistieron a

votar en ambas rondas se mostraban con un significativo nivel de identificación y de compromiso político, en este grupo hubo mucha presencia de sectores obreros con educación, pero sobre todo los electores provenientes de la clase media y alta. Las irregularidades en el proceso electoral sólo sirvieron como evidencia para confirmarle a los salvadoreños su desconfianza en el proceso y para justificarle su falta de participación en las urnas.

Con el fin del período electoral y el renovado triunfo de la derecha, Cristiani se apresta a entregar el poder rodeado de una sorprendente aprobación de amplios sectores de la población, inclusive entre sus rivales de la ex-guerrilla. Tal manifestación, en buena parte estimulada por los medios de comunicación, sorprende al mismo partido gobernante. La razón fundamental de la popularidad se basa en el alcance de la paz durante su período presidencia, y sólo en eso; la popularidad no tiene nada que ver con el plan económico del mismo gobierno. A pesar de que el aplauso parecía ser cerrado y unánime por su atribución en el logro de la paz, Cristiani sale del poder cuestionado por la mayorías y por los más pobres de los pobres a causa de su política económica. Algunos sectores quisieron silenciar este reclamo enfatizando los esfuerzos que debieron hacerse para alcanzar la paz, pero la realidad mostraba las deficiencias de orden económico. La violencia (ahora de orden delincuencia), el desempleo, la inflación y la pobreza, los principales problemas definidos por la población, seguían siendo tan actuales como lo eran hacía cinco años, la administración saliente había hecho poco para solucionarlos. A mediados de 1994, esos problemas eran vistos como responsabilidad del gobierno anterior por su incapacidad de combatirlos y por la imposición de su política económica.

Así, Calderón Sol y la nueva Asamblea

Legislativa encuentran el poder con las expectativas de la población puestas en el cambio del programa económico o, por lo menos, en el mejoramiento de las condiciones económicas de los más pobres. En junio de 1994, más de la mitad de la población espera que el nuevo gobierno atienda a los más pobres y combata la delincuencia creando nuevas fuentes de trabajo, pero sobre todo, esta población espera que cambie el programa económico. Sin embargo, al final del primer trimestre de gobierno, en septiembre, los salvadoreños aprueban los esfuerzos del gobierno por combatir la delincuencia, aunque los consideran insuficientes, pero lo censuran y comienzan a desilusionarse por sus esfuerzos continuistas en el plano económico.

En el plano político, con la toma de posesión del parlamento, los partidos políticos, en especial el FMLN y el PDC, abrieron una zanja de divisiones internas que a la fecha han producido cismas significativos. Tales divisiones, estimuladas por las nuevas condiciones políticas en las que esencialmente había desaparecido "el enemigo común", aparentemente tuvieron un efecto muy erosionador en la confianza de la población hacia los nuevos actores políticos. Por ejemplo, para mayo de 1994, más de la mitad de los salvadoreños pensaba que la forma de trabajo y de operar de la nueva Asamblea Legislativa, con los noveles miembros de la izquierda en ella, iba a mejorar significativamente. Los primeros conflictos que fueron de dominio público justo en la toma de posesión del parlamento sorprendieron a los salvadoreños quienes reaccionaron con preocupación en un primer momento y con una creciente frustración después. Las menos publicitadas pero evidentes divisiones en el partido gobernante contribuyeron también a la decepción política de los ciudadanos.

A estas crisis sucedió otra de orden más nacional: la elección de la nueva Corte Suprema de Justicia. El impasse en la Asamblea

para encontrar un consenso en la constitución de la Corte Suprema de Justicia puso en evidencia dos cosas aparentemente contradictorias: la importancia política del aparato de justicia para la nueva etapa del país, ello expresado en los devaneos y discusiones parlamentarias; y, por otro lado, la poca relevancia que esto tenía para la mayor parte de la población del país. Efectivamente, según la encuesta cursada a mediados de agosto por el IUDOP, a la gran mayoría de los salvadoreños no le afectó la ausencia de Corte Suprema de Justicia por más de un mes; por el contrario, para algunos salvadoreños, la falta de CSJ significó un ahorro de recursos que "de otro modo se hubieran desperdiciado". Muchos de los consultados ni siquiera conocían la utilidad de la CSJ. Otros tantos, sin tener claro por qué, esperaban que la próxima Corte realmente trabajara por promover un estado de derecho en el país. Así, pareciera que la población seguía teniendo puestas las esperanzas de que la situación del país cambiaría. Ello a pesar de la renovada decepción por la indiferencia gubernamental ante el informe del Grupo Especial que investigaría el accionar de los Grupos Armados Ilegales con Motivación Política y del poco interés de grandes sectores de la población.

Como contraparte a los sucesos políticos, los salvadoreños aumentaron su preocupación por la infinidad de problemas causados por la ola delincencial; lejos de atender los problemas políticos la mayoría de los ciudadanos estaban más preocupados por no sufrir ataques que, en el peor de los casos, significasen la pérdida de bienes indispensables o la vida. La gravedad de la ausencia de seguridad ciudadana hizo dudar aún más sobre los mecanismos para combatir la delincuencia impulsados por el gobierno ya que la situación en muchas calles de San Salvador y poblaciones del interior había tomado un cariz definitivamente anarquista. Esta actitud se expresó sobre todo en

la creciente desconfianza de muchos salvadoreños hacia la Policía Nacional Civil. Para el tercer trimestre del año, una encuesta reveló que la mayoría de los salvadoreños no acudían a las autoridades (incluyendo a la PNC) como forma de defensa contra la delincuencia porque lo consideraban una pérdida de tiempo.

En septiembre, las continuas y difícilmente ignoradas acusaciones de corrupción y tráfico de influencias en contra del gobierno por parte de un personaje de la derecha salvadoreña ocuparon nuevamente los espacios de los medios de comunicación y el tema de la corrupción, por tanto tiempo ignorado, pasó a ser tópico de agenda pública. Otros no tardaron en hacerle coro y en pocas semanas, los medios de comunicación presentaban más anomalías en el manejo de los fondos públicos. No obstante, un sondeo realizado en octubre del presente año demostró que, a pesar de que casi por unanimidad los salvadoreños reconocían la corrupción como problema, sólo la mitad de ellos se mostraban realmente interesados en el debate público del mismo. En el fondo, estos datos mostraban nuevamente una reiteración del poco interés público por los asuntos de índole político y dejaban la sensación de que la gente experimentaba algo así como el "dejá vú" en materia de corrupción. Pero la facilidad del espacio logrado por Salgado en los medios de comunicación mostro la ausencia de sucesos que motiven la participación política de las fuerzas sociales, la necesidad de alternativas al complejo escenario social salvadoreño y sobre todo la fragilidad o debilidad de las instituciones, tanto tradicionales como recientes, tanto administrativas como políticas, encargadas de asegurar la transparencia y la legalidad del comportamiento del Estado salvadoreño.

Finalmente, 1994 cierra con una actitud dicotómica hacia la economía salvadoreña, actitud que se viene perpetuando desde hace algún tiempo. Mientras que los sectores empresariales y gubernamentales valoran positivamente el estado de la economía del país de cara a 1995 y encuentran argumentos para reafirmar las políticas económicas; los sectores populares, sobre todo los pertenecientes a la clase media baja, los obreros, los marginales y los campesinos encuentran más crítica su situación y ven con desesperanza su futuro próximo.

De manera general, pareciera que todos los datos de la opinión pública van a una misma serie de factores. En primer lugar, las repetidas consultas a la población indican un franco desgaste de la confianza de la población en la institucionalidad del país. En segundo lugar, parece que entre la mayoría se ha sedimentado la actitud de vivir apartados de los asuntos sociales y políticos que les incumben como ciudadanos. En tercer lugar y probablemente el más significativo de todos, los salvadoreños se ven cada vez más atrapados de la preocupación por su supervivencia económica. Preocupación que, bajo el sistema y el problema laboral del país, les impide tomar parte de cualquier actividad que tenga repercusiones sobre su situación económica.

En tal situación, para el 95 las condiciones están dadas para dos cosas. Primero, una crisis institucional mucho mayor, probablemente provocada por aquellos a quienes el proceso de reformas no ha beneficiado y en alguna coyuntura de agudización de las medidas económicas nacionales. Segundo y como respuesta a la situación, el apareamiento de algún grupo nuevo con mayor empuje político que las desgastadas agrupaciones partidarias existentes.